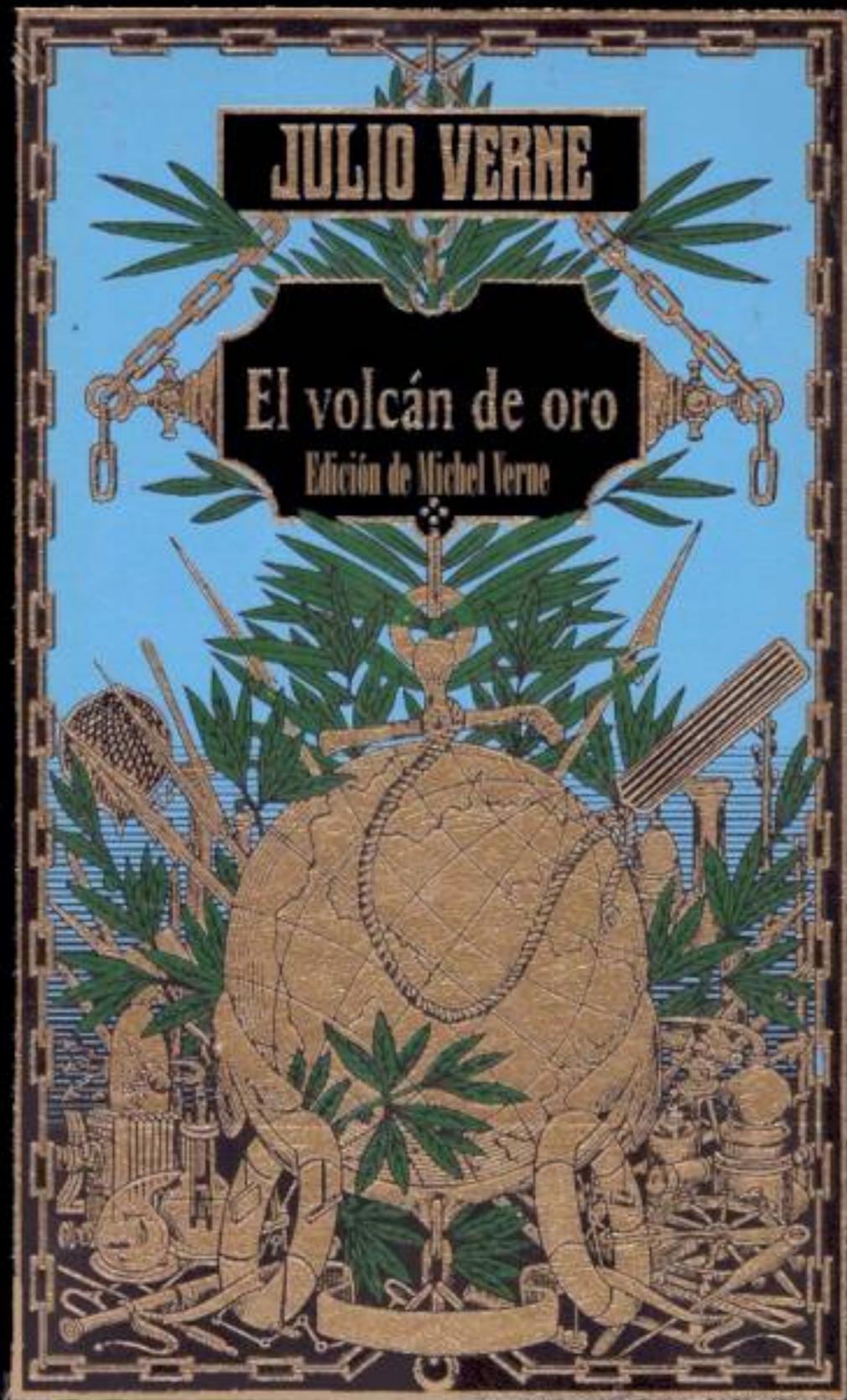


JULIO VERNE

El volcán de oro

Edición de Michel Verne



Los primos Ben Raddle y Summy Skim viven en Montreal (Canadá), y viajan al Yukón para conocer la última voluntad de su fallecido tío Josias Lacoste. Una vez en Dawson City, un terremoto sepulta sus esperanzas. Entristecidos, los dos primos descubren —gracias al francés Jacques Laurier— la existencia de una mina de oro que, casualmente, está en el cráter de un volcán.

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Michel Verne publicó esta novela de su padre, en 1906, tras haber realizado múltiples cambios, tanto en los personajes, como en los diálogos, así como en el propio final de la novela.

Esta versión ha sido la más difundida, hasta que en 1989 se publicó la versión original, de la novela, tal y como Julio Verne la concibió. (Esta versión se encuentra publicada en la página).

PARTE I

CAPÍTULO I

UN TÍO DE AMÉRICA

El 17 de marzo del antepenúltimo año del siglo pasado el cartero de la calle de Jacques-Cartier, en Montreal, entregó una carta en el número 29 dirigida al señor Summy Skim.

Esta carta decía:

«El señor Snubbin saluda al señor Summy Skim y le ruega pase por su bufete, sin pérdida de tiempo, para tratar de un asunto que le interesa».

¿Con qué propósito el notario desearía ver al señor Summy Skim? Conocía al señor Snubbin, como todo el mundo de Montreal, por su honradez y prudencia. Canadiense de nacimiento, estaba al frente del mejor bufete de la ciudad; el mismo que sesenta años antes tenía por titular al famoso Nick, cuyo verdadero nombre era Nicolás Sagamore, un notario de origen hurón, que tan patrióticamente intervino en el terrible proceso Morgaz, cuya resonancia fue considerable hacia el año 1837.

El señor Summy Skim se sorprendió bastante al recibir la carta del señor Snubbin. Acudió en seguida a la cita que se

le daba, y media hora después llegaba a la plaza del mercado Buen Socorro, siendo recibido en el gabinete del notario.

—Muy buenos días, señor Skim —dijo éste levantándose—. Estoy a su disposición...

—Y yo a la de usted —dijo Summy Skim, sentándose cerca de la mesa.

—Es usted el primero en acudir a la cita, señor Skim...

—¿Dice usted el primero?... ¿Luego no soy yo el único citado?

—Su primo, el señor Ben Raddle —respondió el notario—, ha debido recibir una carta idéntica a la de usted.

—Entonces no se puede decir «ha debido recibir», sino «recibirá», puesto que mi primo no está en Montreal.

—¿Va a venir pronto?

—Dentro de tres o cuatro días.

—¡Diablo!

—¿Es, pues, muy urgente lo que tiene que comunicarnos?

—Hasta cierto punto, sí —respondió el notario—. En fin, le pondré al corriente, y usted puede comunicárselo a su primo cuando vuelva.



Se caló el notario las gafas, ojeó algunos papeles esparcidos sobre la mesa, cogió una carta que sacó de su sobre y, antes de leerla, dijo:

—¿El señor Raddle y usted, señor Skim, son los verdaderos sobrinos del señor Josias Lacoste?

—En efecto, mi madre y la de Ben Raddle eran sus hermanas; pero, desde que éstas murieron, hace siete u ocho años, las relaciones con nuestro tío quedaron rotas. Cuestión de intereses fue la causa de la ruptura, y entonces él se fue del Canadá y marchó a Europa... En una palabra, desde esta época no hemos vuelto a tener noticias suyas, e ignoramos lo que ha sido de él.

—Ha muerto —dijo el notario—. Acabo precisamente de recibir la noticia de su fallecimiento, ocurrido el 16 de febrero último.

Aunque toda relación hubiese cesado hacía tiempo entre Josias Lacoste y su familia, sin embargo, esta noticia no dejó de emocionar a Summy Skim. Su primo Ben Raddle y él no tenían padres; habían sido hijos únicos y les unía, además del parentesco, un cariño fraternal. Consideraba Summy Skim que de toda su familia no quedaban ya más que Ben Raddle y él. Seguramente en varias ocasiones habría tratado de saber el paradero de su tío, sintiendo que se hubiesen roto todos los lazos con ellos. A pesar de esto, había pensado en volver a verle, y he aquí que la muerte le arrebató toda esperanza.

Josias Lacoste era un hombre de carácter retraído y muy aventurero. Su partida del Canadá, para ir a hacer fortuna recorriendo el mundo, remontábase ya a una veintena de años. Era soltero y poseía un modesto patrimonio, que se propuso acrecentar lanzándose a las especulaciones. ¿Había realizado su esperanza? ¿No habríase más bien arruinado, efecto de su temperamento bien conocido, que le llevaba a arriesgar el todo por el todo? ¿Sus sobrinos, los únicos herederos, recogerían algún resto de su herencia?

A decir verdad, Summy Skim no había pensado nunca en ello, y no parecía tampoco pensarlo ahora, vista la emoción que le causaba la desaparición de su pariente.

El señor Snubbin había dejado a su cliente pensativo y esperaba que éste le dirigiera preguntas, a las que estaba presto a contestar.

—Señor Snubbin —preguntó Skim—, ¿la muerte de nuestro tío ha ocurrido el 16 de febrero?

—El 16 de febrero, señor Skim.

—¿Hace, pues, veintinueve días?...

—Veintinueve, en efecto. Menos tiempo no era suficiente para que yo recibiera la noticia.

—¿Nuestro tío estaba, pues, en Europa... en el centro de Europa, en alguna comarca lejana? —preguntó Summy Skim.

—Nada de eso —respondió el notario.

Y le entregó una carta, con sellos de efigie canadiense.

—Es de un tío de América, de un verdadero tío de América, como dicen los europeos, de quien son herederos Raddle y usted. Ahora bien, este tío de América, ¿tiene o no tiene todos los caracteres clásicos del empleo? He aquí un punto que queda por dilucidar.

—¿De modo —dijo Skim— que se encontraba en Canadá sin que nosotros hayamos tenido conocimiento de ello?

—Si, en Canadá, pero en la parte más distante del Dominion, casi en la frontera que separa nuestro país de la Alaska americana, y con la cual son las comunicaciones tan lentas como difíciles.

—Supongo que el Klondike, señor Snubbin. —Si, al Klondike es donde su tío había ido a fijar su residencia hace unos diez meses.

—¡Diez meses! —repitió Summy Skim—. ¡Y al atravesar América, para volverse a esta región de las minas, no ha tenido ni siquiera la intención de venir a estrechar la mano de sus sobrinos!...

—¿Qué quiere usted? —respondió el notario—. ¡Sin duda, el señor Josias Lacoste tenía prisa por llegar al Klondike, como millares de sus semejantes...; mejor dicho, como millares de enfermos devorados por esta fiebre de oro que ha hecho y hará aún innumerables víctimas! De todos los rincones del mundo afluyen hacia los placeres. Después de Australia, California; después de California, Transvaal; después de Transvaal, Klondike; después de Klondike, otros territorios auríferos, y así será hasta el día del juicio...; quiero decir hasta el último yacimiento.

El señor Snubbin comunicó entonces a Summy Skim cuantas noticias poseía. A principios del año 1897 Josias Lacoste llegaba a Dawson City, capital del Klondike, con el decidido propósito de dedicarse a *prospecteur*. Desde julio de 1896, que fue cuando se descubrió el oro en el Gold Bottom, un afluente del Hunter, su idea era dirigirse a ese distrito. Al año siguiente, Josias Lacoste llegaba a estos yacimientos, donde infinidad de mineros afluían ya, puso en práctica su pensamiento, con la intención de consagrar a la adquisición de un *claim* el poco dinero que le quedaba. Algunos días después de su llegada era propietario del *claim* 129, situado sobre el Forty Miles Creek, un afluente del Yukón, la gran arteria entre Canadá y Alaska.

El señor Snubbin añadió:

—No parece, a juzgar por la carta que el gobernador de Klondike me ha dirigido, que ese *claim* haya dado hasta ahora todo el provecho que esperaba el señor Josias Lacoste. Sin embargo, no parece estar agotado, y sin duda su tío hubiera sacado el provecho que esperaba si la muerte no le hubiese sorprendido.

—¿No es, pues, la miseria la que habrá matado a nuestro tío? —dijo Summy Skim.

—No, señor —respondió el notario—; la carta no dice que haya sido reducido a ella. Ha sucumbido del tifus, tan temible en ese clima, y que causa tantas víctimas. Atacado de los primeros gérmenes de la enfermedad, el señor La-

coste dejó el *claim*, y en Dawson City es donde ha muerto. Como se sabía que era originario de Montreal, se ha dirigido a mí el gobernador a fin de que buscara a su familia y le comunicara la triste noticia. El señor Ben Raddle y usted, señor Skim, son muy conocidos, añadiré muy honrosamente conocidos en Montreal, para que cualquier vacilación haya sido allanada, y por eso les he convocado a los dos en mi bufete para darles conocimiento de los derechos que tienen del difunto.

¡De los derechos! Summy Skim bosquejó una sonrisa de melancólica ironía. Pensaba lo que habría debido de ser la vida de Josias Lacoste en el curso de una explotación tan difícil y tan penosa... ¿No había invertido sus últimos recursos en el *claim*, tal vez comprado a un precio exorbitante, como lo hacían muchos imprudentes *prospecteurs*?... Hechas estas reflexiones, Summy Skim dijo al notario:

—Señor Snubbin, es posible que nuestro tío haya dejado tras él una situación difícil... Pues bien —yo respondo por mi primo Raddle, que no me dejaría mal en esta ocasión—, nosotros no dejaremos en descubierto el nombre que nuestras madres han llevado. Si hay que hacer sacrificios, los haremos sin titubear... Será, pues, preciso, y en el más corto tiempo posible, entablar un inventario...

—Aquí le detengo, mi querido señor —interrumpió el notario—. Como le conozco a usted bien, ese sentimiento no me extraña; pero creo que no habrá necesidad de los sacrificios a que hace referencia. Aunque su tío haya fallecido sin fortuna, no olvidemos que era propietario de ese *claim* de Forty Miles Creek, y esta propiedad tiene un valor que puede permitir hacer frente a los gastos que sobrevengan, si hay alguno. Además, esta propiedad ha venido a ser de usted y de su primo Ben Raddle, puesto que son los únicos parientes de Josias Lacoste por grado de sucesión.

El señor Snubbin añadió que convenía, sin embargo, obrar con cierta prudencia. Esta herencia no debía ser aceptada sino bajo beneficio de inventario. Se hará una re-

lación del activo y del pasivo, y entonces los herederos tomarán una resolución con perfecto conocimiento de causa.

—Voy a ocuparme de este asunto, señor Skim, y tomaré los informes más seguros... En resumidas cuentas, ¿quién sabe?... ¡Un *claim* es un *claim*! Aunque no haya producido nada o casi nada hasta aquí... basta un feliz golpe de piqueta para hacer un buen bolso, como dicen los *prospecteurs*...

—Comprendido, señor Snubbin —respondió Summy Skim—, y si el *claim* de nuestro tío tiene algún valor, lo venderemos en las mejores condiciones.

—Sin duda ninguna —aprobó el notario—, y espero que su primo de usted estará en todo de acuerdo con nosotros.

—Cuento con ello —replicó Summy Skim—. No creo que tenga Ben Raddle la idea de explotar él mismo...

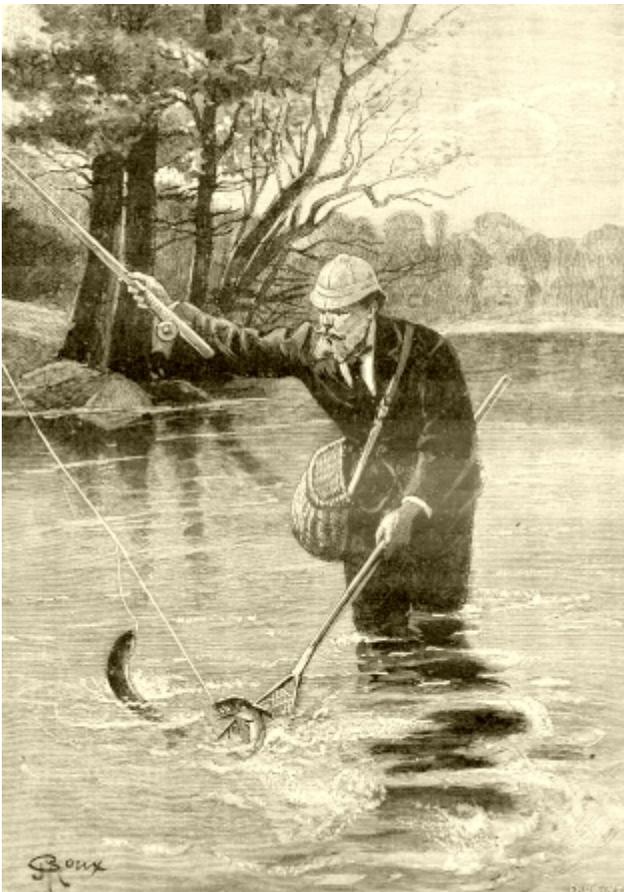
—¡Eh! ¿Quién sabe, señor Skim? El señor Ben Raddle es ingeniero. Tiene un carácter aventurero, decidido... ¡Y puede ser tentado!... Y si, por ejemplo, supiese que el *claim* de su tío está situado sobre una buena veta de tierra...

—Le garantizo, señor Snubbin, que él no irá a verlo. Y como va a estar de vuelta dentro de dos o tres días, nosotros trataremos este asunto y vendremos a rogar a usted que tome las más útiles medidas, sea para la venta del *claim* de Forty Miles Creek al mejor postor, sea, lo que creo más probable, que haya necesidad de cubrir alguna deuda de nuestro tío Josias Lacoste.

Con esta pesimista conclusión, Summy Skim se despidió del notario hasta dentro de dos o tres días, y se volvió a la casa de la calle de Jacques Cartier, donde habitaba con su primo.

Summy Skim era hijo de un anglosajón y de una franco-canadiense. Su familia remontábase a la época de la conquista de 1759. Fijada su residencia en el Bajo Canadá, distrito de Montreal, poseía vastos dominios, bosques, tierras y praderas, que constituían la mayor parte de su fortuna.

De treinta y dos años de edad, de estatura más que regular, su fisonomía agradable, la constitución robusta del hombre acostumbrado a los aires del campo, los ojos azul oscuro, la barba rubia, Summy Skim ofrecía el tipo tan característico y tan simpático de los franco-canadienses, heredado de su madre. Vivía de sus rentas, sin inquietudes, sin ambiciones de ninguna clase. Su fortuna, sin ser considerable, le permitía satisfacer sus gustos, poco dispendiosos, y nunca había sentido ni el deseo ni la necesidad de las grandezas.



Gran entusiasta de la pesca, conocía perfectamente toda la red hidrográfica, los afluentes o subafluentes del San

Lorenzo, lo mismo que los lagos tan numerosos bajo las latitudes septentrionales de América. Apasionado por la caza, podía entregarse a ella con toda libertad en medio de las vastas llanuras, en que tanto abundan las piezas de caza, y de los montes, que ocupan la mayor parte de esta región de Canadá.

La casa que poseían los dos primos, sin lujo pero confortable, estaba situada en uno de los barrios más tranquilos de Montreal, fuera del centro de la industria y del comercio. Allí era donde pasaban los dos, no sin esperar impacientes el principio de la primavera, esos inviernos tan crudos de Canadá, si bien está bajo el mismo paralelo que el mediodía de Europa.

Pero vientos terribles, que no son detenidos por ninguna montaña, borrascas cargadas de las frialdades de la región ártica, se desencadenan allí sin obstáculos con extraordinaria violencia.

En Montreal, residencia del gobierno desde 1843, hubiera podido encontrar Summy Skim ocasión de mezclarse en los negocios públicos. De carácter muy independiente, despreocupado y sin deseo de figurar en ninguna parte, tenía un santo horror a la política. Sin embargo, se sometió con gusto a la soberanía, más aparente que efectiva, de Gran Bretaña, y nunca se había mezclado en los partidos que se disputan el poder. Era, en suma, un filósofo que miraba transcurrir la vida sin ambición de ningún género.

Por su parte, toda modificación sobrevenida en su existencia no hubiera podido llevarle más que aburrimiento, preocupación y disminución de bienestar.

Se comprenderá que este filósofo no hubiese pensado nunca en casarse, y que continuase sin pensarlo ahora, a pesar de que ya había cumplido treinta y dos años. Quizá si su madre no hubiera muerto (sabido es cuánto agrada a las mujeres perpetuarse en sus nietos), hubiese hecho el esfuerzo necesario para dotarla de una hija. En este caso no hay que dudar que la mujer de Summy Skim hubiera com-

partido con él sus gustos. Entre esas numerosas familias de Canadá en que los hijos pasan con frecuencia de dos docenas, hubiera encontrado, sea en la ciudad, sea en el campo, la joven sencilla y sana que le conviniera. Pero la señora de Skim había muerto hacía cinco años, tres después de su marido, y desde entonces hubiérase podido apostar sin peligro que ni la menor idea matrimonial había pasado por su mente.

Tan pronto como la temperatura empezaba a suavizarse en ese rudo clima, cuando el sol, más matinal, anunciaba la vuelta de la primavera, Summy Skim se apresuraba a dejar la casa de la calle Jacques-Cartier. Volvíase entonces a su finca de Green Valley, a unas veinte millas en el norte de Montreal, sobre la ribera izquierda del San Lorenzo. Allí emprendía la vida de campo, interrumpida por los rigores del invierno que hiela todos los arroyos y cubre de nieve todas las llanuras. Allí se volvía a encontrar en medio de sus colonos, buenas gentes, que prestaban sus servicios hacía medio siglo a la familia Skim, sintiendo un afecto sincero hacia su amo, quien a su vez les favorecía no omitiendo medio de hacer por ellos todo lo posible, aun a costa de su persona. Así ellos no escatimaban las demostraciones de alegría cuando le veían llegar, lo mismo que su sentimiento cuando llegaba la hora de la partida.

La propiedad de Green Valley producía anualmente una treintena de miles de francos, que se repartían los dos primos, pues los bienes estaban divididos entre ellos como la casa de Montreal. Se cultivaba allí un suelo muy fértil en forraje y en cereales, cuyos rendimientos se añadían al de los magníficos bosques que rodeaban los territorios del Dominion, principalmente en la parte oriental. La finca comprendía un conjunto de edificios bien instalados, bien conservados, cuadras, granjas, establos, corrales, soportales, y un material muy completo, muy perfeccionado, que respondía a todas las necesidades de la agricultura moderna. A la entrada de un vasto recinto tapizado de césped y sombreado

de árboles, un pabellón, cuya sencillez no excluía la comodidad, servía de casa a su dueño.

Tal era la casa donde Summy Skim vivía la mayor parte del tiempo, y donde Ben Raddle iba a pasar algunos días durante la primavera. Skim no hubiera querido cambiar su finca por cualquier castillo señorial del más opulento americano. Aunque modesta, él la encontraba tan de su gusto, que no soñaba ni con engradecimientos ni con embellecimientos, satisfecho con las hermosuras de la naturaleza. Allí se pasaban sus días llenos por los ejercicios cinegéticos y sus noches siempre favorecidas por un apacible sueño.

